ó á izquierda; estoy cansada de esta errante vida, necesito fijar mi porvenir, y he pensado naturalmente en vos, conde querido, á quien consagré tan bondadosamente lo mejor de mis verdes años.

—Os doy mil gracias—respondió el señor de Pommerelle, que atacaba tranquilamente el segundo plato;—sí, mucho, y soy muy sensible á la atención. Pero vuestra juventud se halla aún en todo su esplendor, más aún, puede decirse que se encuentra en su aurora, y no comprendo por qué pensáis ya en....

—¿Hacer punto? Decid la frase, aunque se aplique vulgarmente á vuestro sexo. Pienso en ello, amigo mío, porque es ya tiempo.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí! Dignáos atender á mis razones.

—Con gusto. ¿Un poco de salsa?

—Venga—continuó.

—Escucho.

—Podéis aún casaros conmigo apareciendo dominado únicamente por vuestra pasion hacia mí, si por el contrario, tardáis, se creerá que obedecéis mis órdenes, lo que sería menos agradable para vuestra servidora y menos explicable para vos. Además, aún tengo otro segundo motivo...

—Veámosle ese segundo.

—Le reservo para el asado: podrían interrumpirnos.

—Entonces, llamo: pues ya tengo deseos de oíros.

—Justo, llamad, y cuando quedemos solos, frente á frente del faisán anunciado en la lista

y del excelente Chambertín que encargáis para mí siempre, os recitaré mi rosario.

El señor de Pommerelle oprimió el botón de la campanilla eléctrica.

XXIX

El mozo acudió provisto del faisán y del Chambertín encargados, puso en orden la mesa, lanzó una mirada discreta pero elocuente sobre ambos convidados, sonrió como sonríen los mozos de comedor reservado, y abriendo la puerta se evaporó en el pasillo.

Durante esta corta operación, miraba el señor de Pommerelle á Lucila con el rabillo del ojo: estaba ciertamente deliciosa, con sus grandes ojos transparentes, sus bucles rubios sobre la frente, sus cejas anchas bien dibujadas, su nariz palpitante, sus labios gruesos, húmedos, su barbilla redonda y su tez maravillosa, á la que el Chambertín empezaba á teñir de rosa vivo.

Nadie la hubiera supuesto más de treinta años, sobre todo si se fijaba en su cuello perfectamente liso, sin embargo de que en él se lee la edad de las mujeres, con todas sus letras, si se sabe mirar.

—Vamos, amiga mía—dijo el conde trin-

chando el faisán;—creo llegado el instante de que me recéis vuestro rosario, según vuestra gráfica frase.

—En eso pensaba—respondió Lucila;—pero si fuerais amable, cambiaríais de sitio y os colocaríais allí, enfrente de mí. En este instante me veo obligada, para hablaros, á tomar un torticolé y á comer de lado, lo que es malsano y feo.

—¡Hágase vuestra voluntad!—respondió el conde.

Pasó su cubierto al otro lado de la mesa, se levantó y sentándose frente á su compañera:

—Helo ya hecho—dijo.

—Sois encantador—respondió Lucila, y para premiarle le sonrió con los labios y con los ojos.

Después, sin perder de vista el plato que empezaba, ni el vaso de Chambertín, del que bebió la mitad, la vaporosa rubia adelantó sobre la mesa su busto redondo, opulento, y fijando los azules ojos en su pareja:

—Amigo mio—le dijo,—seamos serios y hablemos francamente. Es para mí de suma importancia saber á qué atenerme hoy ó mañana, ó á más tardar en la semana toda, respecto á vuestras intenciones para conmigo; y sois vos sobrado inteligente para no comprender el razonamiento que voy á presentaros. ¿Atendéis, no es cierto?

—Atenderé cuando el razonamiento empiece.

—Pues héle aquí. No perdáis una palabra.

—Ni una palabra ni un bocado—se dijo el

conde, que no alzaba los ojos de su plato espirante.

—Dadas esas aspiraciones al matrimonio—continuó Lucila,—no es ya sino el preciso tiempo de realizarlas, como os manifestaba hace poco. A vos puedo confesaros mi edad: tengo treinta y tres años... pongamos treinta y cuatro, y no hablemos más, pero no los represento. Las mujeres me calculan treinta y dos y medio; los hombres veinticinco. Estoy hasta en el esplendor de mi belleza: nunca me he sentido tan hermosa; y una misma no se engaña, creedlo.

—¡Lo creo, lo creo, amiga querida! ¡Cómo no! Estáis en pleno esplendor. ¿Una cucharada de estos guisantes á la inglesa?—añadió el conde.

—Dos, si gustáis. Es, pues, preciso aprovechar mi esplendor, como le llamáis vos: cuando estas luces se apaguen nadie sabe lo que podrá venir. Yo veo claramente las cosas; soy, querido mío, eminentemente práctica. Hoy por hoy me rodea una nube de jovencitos de veintidos á veintiocho, muy apreciables, entre treinta y cien mil francos de renta, con bonitos nombres, hasta títulos; en fin, todo lo que constituye la dicha sólida. Si se me pone en la cabeza casarme con uno de ellos, después de haberlo mirado bien, después de haber escogido prudentemente en la nube, estoy segura de conseguirlo, que no en balde soy rubia. Nuestras largas relaciones son, si no completamente ignoradas, por lo menos facilísimas de negar; y nadie más que vos, yo creo estéis

de ello persuadido, puede abrigar duda alguna respecto á mi virtud.

—¡Cómo es eso! Yo mismo, querida amiga, yo mismo no las tengo.

—Hablemos en serio, os suplico, y llamad para los postres.

Cinco minutos después un plato helado, fresas tempranas y una botella de Oporto añejo ocupaban la mesa. Lucila continuó:

—Así, pues, amigo mío, dedicándome á preparle desde mañana, consigo seguramente un buen matrimonio este estío ó este otoño. Si, por el contrario, espero más, llega á su tiempo el invierno, me juega cualquier mala pasada, y disminuye mi corte de enamorados. Me quedaréis vos algún tiempo, no lo dudo, porque el pasado y vuestra lealtad os obligan; pero después nada... absolutamente nada. De los brazos de la rubia pasaréis á los de la morena, es natural, y yo quedo para siempre viuda, con diez mil francos de renta y agradables recuerdos. ¿Qué sería de mí? Resumiendo: casaos conmigo, conde, y os prometo aún unos cuantos años buenos; después la costumbre hace perdonar muchas cosas, los cambios que á nuestra vista se realizan, no nos sorprenden, y me veréis todavía largo tiempo como era, como soy aún. Viviremos en el pasado, después de agotar lo presente: embelleceré vuestro otoño, con una cosecha de lindos recuerdos; no soy tonta, y además tengo la indulgencia de la mujer que ha vivido bastante. Os seré fiel, como vengo siéndooslo hace seis años; llevaré dignamente vuestro

apellido, y tras chillar un poco por la forma, el mundo, á quien daremos excelentes comidas, me llamará: ¡la condesa de Pommerelle á voz en cuello, alabando vuestra inteligencia y mis virtudes. Si mi proposición no os atrae, si habéis resuelto permanecer soltero ó entregar vuestra mano á alguna inocente chiquilla para llegar á maestro de escuela, separémonos desde hoy, amigo mío, sin recriminaciones, sin reproches, como gentes de mundo. —Un día recibiréis la esquela de convite á mi boda, y tendréis el buen gusto de no reiros al leerla.

Se calló, y como tan largo monólogo la hubiese fatigado un tanto, sorbió de un trago un vaso de Oporto.

—De suerte—exclamó el conde encendiendo un cigarro y saboreando el café que habían traído;—de suerte, que la situación es clara: es preciso, lo más tarde en toda la semana, deciros: «Publiquemos nuestras amonestaciones,» ó si no, borrarme ante la nube de adoradores, entre la que elegiréis mi sucesor.

—¡Oh, vuestro sucesor legal, entendedlo bien! No sois reemplazable, querido conde, sino por un verdadero marido. Me inmolo por reflexión; lo útil sucede á lo agradable, eso es todo.

—Sí, sí, comprendo, amiga mía, y os doy gracias por vuestra finura. Pero en fin, no querréis cogerme así, por sorpresa, sin darme tiempo para reflexionar, para pesar el pró y el contra.

—De ningún modo: os doy ocho días.

—Me confunde tanta generosidad.

—¿No tenéis más que decir?

—No encuentro más.

—¿Puedo entonces abandonar la banqueta en que me habéis tenido toda la tarde?

—Ya lo creo: veníos aquí, y dadme un cigarrillo.

—Aquí está. ¡Qué bella sois!

—¿De veras? Ya lo sé; pero me agrada oírlo decir por vos, y para premiaros, he aquí lo que decido. ¿En que día estamos?

—En jueves.

—Pues bien, me obligo á olvidar hasta el próximo jueves la conversación que acabamos de tener, y comer aquí con vos toda la semana. ¿Os conviene?

—¡Sí, me conviene!

—Sólo sí, tened cuidado, porque voy á ser encantadora, y al cabo de los ocho días tal vez no os atreváis á decir que no.

—Pues no lo digo, y en paz. ¿Qué queréis... Es cuestión mía y... veremos...

—Querido conde—exclamó Lucila entre dos bocanadas de humo,—sois muy ladino, pero no me retracto. Lo dicho, dicho: entremos en la semana de los amores, y ojalá no sea la última. ¡Es todo el mal que os deseo!

Al mediodía del siguiente jueves, la rubia Lucila abría un ancho pliego, y encontraba un título de renta perpetua al portador por cinco mil pesetas anuales. Al impreso del Ministerio de Hacienda acompañaban las siguientes líneas:

«Decididamente, la prometida es deliciosa; pero el matrimonio no me atrae. Como puede

atraer ciertamente á otros, permitidme que complete la dote.»

Lucila suspiró; se enjugó una lagrimilla muy pequeña; tomó después el título de renta y le encerró con otro rollo de valores en su caja (tenía caja). Pocos minutos después se hacía una maravillosa *toilette* para ir al Bosque, y deslumbrar á los tres jovenzuelos entre quienes había de escoger pronto su víctima.

El conde, por su parte, experimentó el día de la ruptura una gran alegría. «Soy libre, se decía: ¡cuán agradable es después de una esclavitud de seis años! Me siento renacer.»

Al siguiente, se sentía... fastidiado.

Al otro, vagaba por París como alma en pena, preguntándose qué haría, tan triste como un cementerio.

En la semana siguiente, hubo día que se encaminó tres veces hacia la casa que en el boulevard Haussmann habitaba su abandonada rubia, pero las tres tuvo valor para volverse desde la puerta, sin hablar siquiera al portero.

Dos días más tarde, tuvo miedo, verdadero miedo de sucumbir á la tentación, hasta el punto de que preparó la maleta para ausentarse de Paris.

Preciso era que estuviese seriamente enfermo, dado el carácter que le conocemos, para que tomara tan grave determinación.

Proyectaba ir á Mónaco: como ya había ido una vez, esperaba llegar otra sin graves dificultades. En aquel punto jugaría, se aturdiría, olvidaría, y tal vez á su vuelta estuviese

curado y casada Lucila; no habría ya peligro sino para el marido.

Pero, antes de marchar, quiso despedirse del doctor Desrioux, algo olvidado durante la semana de los amores y la de las penas. Hallóle en su casa, pálido, abatido, enlutado y con el rostro inundado de lágrimas

—¿Qué es eso?—exclamó el señor de Pommerelle.—¿Qué ocurre, mi pobre amigo?

—¡Mi madre! ¡Mi madre ha muerto!

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué decís? ¿Por qué no me habéis advertido su enfermedad?

—No tenía tiempo, no pensaba en nada—respondió el joven entre sollozos.—Luchaba por salvarla, estudiaba los síntomas, consultaba compañeros, lo ensayaba todo, martirizaba á la infeliz para lograr la mejoría. ¡Señor, Señor! tal vez hubiera sido preferible no hacer nada, dejarla morir en paz...

¡Estaba condenada! Todos me lo decían, pero no quería creerles; esperaba, esperaba siempre... He hecho cien milagros con las demás, con las extrañas... pero cuando se trata de una madre, no se hacen... Por último, que más os diré; acaba de morir la que tanto amaba, la que no abandoné nunca, á la que lo sacrifiqué todo... ¡Ahora estoy solo, solo!

—No, no—respondió el conde;—os quedan buenos amigos, y entre ellos me cuento. Vamos, calmáos, salid de esta casa; venid conmigo.

—¡Eso no! Es preciso que la vele, aún no está enterrada... Mañana, mañana es cuando ya no volveré á verla... Ahora aún puedo verla, y vuelvo á su lado. Mañana... mañana... después de... ¡llevadme, llevadme muy lejos! No podré volver aquí, lo conozco demasiado.

—Vuestro soy—dijo el conde,—iremos donde queráis.

XXX

En todo lo referente á los Nams-Niams, es muy conciso el diario de la expedición dirigida por la señora de Guéran, en cuyo territorio iba á penetrar cuando la abandonamos.

Una irresistible fuerza arrastra hacia adelante la caravana, apenas descansa, anda siempre. Ha logrado vencer la apatía de los primeros días; acércanse al Ecuador, y no obstante, gracias á la elevación del suelo, porque la comarca de los Nams-Niams se encuentra por término medio á dos mil metros sobre el nivel del mar, gracias sobre todo á las numerosas corrientes que á cada paso se hallan, el calor es más tolerable, el aire menos pesado; se sienten más decididos y más fuertes.

También está mejor disciplinada la escolta: entre aquellos temidos pueblos que conoce sólo por las fábulas que en el Norte circulan, teme sucesos y catástrofes, que no la permiten separarse del camino. Todos pisan las huellas de su compañero; los díscolos, los curiosos, temen ahora quedarse atrás, ó apartarse entre

los matorrales y los bosquecillos. Tampoco la caravana es tan numerosa como al principio: ya la vimos diseminarse algo, perder otros individuos en las zeribas y entre los Bongos; pero en la última jornada, cuando se trató seriamente de penetrar entre los Niams-Niams, el pánico se apoderó de sus filas: más de sesenta hombres huyeron en todas direcciones. Los que quedaron, tienen la ventaja al menos de que, habiendo resistido ya á la tentación, ofrecen más confianza para lo futuro. Véseles unirse á sus jefes, en quienes parecen tener absoluta confianza. Comprenden que ahora necesitan, para salvar los peligros, de la ayuda y el apoyo de los Europeos, de la influencia moral que los blancos ejercen siempre sobre las poblaciones negras. A medida que adelantan, comprenden mejor que la vuelta en detalle, la deserción, la fuga, se hacen imposibles: ¿cómo podrían ellos orientarse, encaminarse, sin guía, sin consejo, entre aquella red de bosques, de selvas y de ríos? Seméjanse á los marineros; inquietos, hasta indisciplinados, mientras se encuentran en el puerto ó en bahía para obedecer á los oficiales ciegamente sobre el mar. Tienen la conciencia de su inferioridad; sábese que, á pesar de su número, serían incapaces de guiar el buque, de vencer los elementos; la fuerza bruta se humilla ante la fuerza moral.

Los Europeos, pues, aprovecharon, según todas las probabilidades, y aun cuando nada dicen de ello, el descenso de la temperatura y las buenas disposiciones de sus gentes para

verificar más largas marchas y recorrer en el menor tiempo posible el territorio de los Niams-Niams. Abrumados de fatiga por las tardes, no tuvieron valor para consignar siempre en el Diario las impresiones de la jornada; limítanse á apreciaciones rápidas, ligeras notas, á las que añadiremos nosotros los estudios que hemos hecho en buenos libros: podremos así pintar en pocas líneas un pueblo curiosísimo, casi desconocido, de una barbarie que á las veces sobrepasa todo límite, y otras de una civilización que no puede dejar de admirarse.

En primer lugar, dilucidemos un importante misterio: ¿son antropófagos los Niams-Niams? Los pocos viajeros que han cruzado su comarca, no nos dejan la menor duda.

Por su parte, Schweinfurth, después de consignar que el nombre de Niams-Niams, tomado del dialecto Dinka y aceptado por los Arabes, significa tragón (come-come), afirma haber hallado caníbales en la mayoría de los distritos que visitó. Según él, estos indígenas son completamente antropófagos, sin escrúpulos, á cualquier precio, en todas las circunstancias. No ocultan en modo alguno su afición á la carne humana; se hacen collares con los dientes de sus víctimas, y colocan entre sus trofeos de caza los cráneos de los desdichados con cuya carne se nutrieron. La grasa de hombre es entre ellos muy estimada; pretenden, sin que se haya podido comprobar la observación, que embriaga á los que de ella abusan. En la guerra devoran á sus enemigos

de cualquier edad y sexo, pero sobre todo á los viejos, quizá menos tiernos, pero más fáciles de matar. En todo tiempo, cuando alguno muere sin dejar parientes que reclamen su cadáver, es comido por los individuos de la vecindad. Ellos mismos no temen confesar su terrible afición: nunca, dicen, se desdeña un cadáver humano para alimento, á menos de que no haya fallecido de alguna enfermedad de la piel; esta restricción manifiesta su extrema delicadeza. En dos palabras: los Niams-Niams no se quedan atrás, respecto á canibalismo, de los Pahouins, que desentierran los cadáveres para devorarles, y están en Europa oficialmente acreditados de antropófagos.

El viajero italiano Piaggia es el único que pone en duda el canibalismo de este pueblo, con el cual vivió cerca de dos años, desde fines de 1863 hasta Abril de 1865. Confiesa haber visto devorar un cadáver, pero por odio y por venganza. Bastaría, en verdad, este ejemplo, porque no pretendemos demostrar que los Niams-Niams se coman entre sí por cariño. Además, Piaggia no visitó sino el Occidente del extenso territorio de que nos ocupamos.

Un día que Schweinfurth ponía en duda, apoyándose en Piaggia, las costumbres brutales de sus habitantes, uno de sus intérpretes le contestó:

—El blanco de que hablas no visitó más que la provincia de Tombo, donde las gentes son menos malas que por aquí. Espera unos días y serás testigo: alguno de nuestros hombres irá á cocerse en la olla de un Niams-Niams.

Poco tiempo después, escribía el mismo viajero las siguientes líneas: «Paseando por las cercanías de la zeriba, llegué un día ante una choza, cerca de la cual una vieja rodeada de chiquillos cortaba ramas; en frente, sentado sobre el umbral de la cabaña, un hombre tocaba tranquilamente la mandolina. Entre el hombre y la mujer, sobre una estera, y á los rayos de un sol implacable, yacía un recién nacido, lanzando de minuto en minuto un doloroso gemido.

»Me acerqué, pregunté y me respondieron sencillamente que era hijo de una de las esclavas cogidas en la razia del día anterior. Se la habían llevado á otro punto, y ella tuvo que abandonar su niño; porque sus ocupaciones no le permitían criarle. Se le dedicaba á servir de plato delicado á las gentes que le rodeaban, y que dedicándose á sus ocupaciones cuotidianas no esperaban más que su último suspiro para sumirle en la marmita.

»Fuera de mí, estuve á punto en mi furor de matar á aquella mujer, que contemplaba tan horrible espectáculo sin la menor muestra de compasión, pensando sólo en la excelente comida que iba á lograr. Pero los consejos recibidos en Khartum se me aparecieron: yo solo no podía cambiar los usos y costumbres de los Niams-Niams. Por grande que mi indignación fuese, era impotente, ni ¿qué intervención ni influencia aislada podía ejercer en toda una tribu? Los misioneros hallarían aquí fe-

cundo campo para sus esfuerzos; pero necesitarían venir llenos de abnegación y haciendo completo sacrificio de sí mismos.»

Está pues, resuelta la cuestión de la antropofagía; ya Bolognesi, tras haber defendido largo tiempo á los Niams-Niams, acaba por decir:

«La costumbre, vulgar en esta comarca, de llevar la cola de un animal cualquiera colgando de la cintura, habrá hecho creer á algunos que aquel apéndice formaba parte del individuo, y sin tomarse el trabajo de comprobar el hecho, afirmaron haber visto con sus propios ojos hombres con rabo. (Este aserto ha permitido asegurar que los Niams-Niams, en su condición de hombres monos, eran los padres del género humano). De su antropofagía he dudado hasta el día en que la serenidad únicamente del señor Petherick le salvó de figurar en un festín.»

El último viajero que ha visitado esta comarca, Chaillé Long, jefe de estado mayor del coronel Gordon, sucesor de Baker, comprobaba la existencia del canibalismo entre los Niams-Niams, si bien reconociendo que la influencia egipcia tendía á desterrarle.

Fijado el hecho, ocupémonos de los Niams-Niams bajo otros aspectos, que les serán sin duda más favorables.

Su inmenso territorio está cruzado por innumerables ríos y fuentes de una maravillosa riqueza; la vegetación de los Trópicos se manifiesta en él en toda su magnificencia. «Arboles enormes, más altos que los de todas las precedentes regiones, sin exceptuar ni las palmeras de Egipto, dice la señora Loreau en su notable traducción del viajero alemán, erecen en apretadas filas sobre aquellas riberas siempre húmedas, abrigando tallos menos elevados, cuyas copas se escalonan bajo sus sombras. Vistos de fuera, parecen aquellos bosques una muralla de verdura; franqueado el recinto os halláis en una columnata, ó mejor dicho, en un templo cuyos pilares sustentan la triple bóveda.

Las columnas, por término medio, miden cien pies de altura; las menores no bajan de setenta. Cuanto la vista alcanza no se ve sino follaje; estrechos senderos contorneando las malezas, ó perdiéndose bajo ellas, formados de escalones, por las desnudas raíces salientes que retienen tierra esponjosa; troncos cubiertos de musgo, y más ó menos carcomidos, que á cada paso os detienen, no se siente el calor de las llanuras inundadas de sol, ni el ambiente de los frescos bosques, sino la atmósfera abrasadora de una estufa, de veinticinco á treinta grados, pero húmeda, saturada de vapor de agua, y de la cual se considera uno feliz al poder huir.

Piaggia, á esta parte del territorio Niams, le llama *sus galerías*; le recuerdan, dice, los senderos aromados y sombrosos, los encantados vergeles de los poetas; pero en lugar de bellas ninfas, sólo en ellos se encuentran pesados rinocerontes, búfalos salvajes, elefantes y una numerosa legión de monos.

La población de las regiones conocidas,

porque no se ha penetrado aún hasta las fronteras del Oeste, asciende á unos tres millones de habitantes, distribuídos en dos grados de Norte á Sur y seis de Este á Oeste.

Su aspecto es lo que más extraña: todo lo que antes se ha visto, desde el Nilo, y en toda la provincia situada al Sur del río de las Gacelas, se borra de la memoria, ó parece pálido y sin relieve. Entre sí, se llaman Zandes ó Sandéhs, porque el nombre de Niams-Niams no es sino un apodo.

XXXI

Cuenta en su diario el señor de Periéres, que apenas llegado al territorio de los Niams-Niams, la caravana se vió rodeada de una turba de curiosos que aumentaba sin cesar: apresurábanse por ver los hombres blancos, y sobre todo, la mujer blanca, la sultana, cuya presencia arrancaba gritos de admiración. La noticia del paso de la expedición se transmitía de aldea en aldea, y formaban calle á su tránsito. Por lo demás, no eran objeto los Europeos de ninguna manifestación hostil; algunos jefes exigían peaje; pero una vez recibido, se unían á la escolta, servían de guías hasta el vecino distrito, y aun á veces rendían obsequios. El señor de Periéres se aprovechó de esta curiosidad que les ponía en continuo

contacto con los indígenas, para retratarles en algunas líneas, mientras que sobre su caballo el señor de Morin emborronaba, andando, un traje y un rostro originales.

He aquí, según la pluma y el lápiz, y sobre todo, según la naturaleza, el aspecto de los Zandes ó Niams-Niams: estatura de los Europeos; busto muy largo, piernas cortas; tendencia á la obesidad; color rojo terroso; cabeza ancha y redonda; cabellos espesos y crespos, pero de una excepcional longitud, dispuestos en bucles ó en trenzas que caen por las sienes, por la espalda, ó que alguna vez se arrollan al cuello. Los ojos rasgados, tienen cejas perfectamente dibujadas; ningún adorno deforma los labios, y guardándose de imitar á los Dinkas, no se arrancan ningún diente, antes bien se liman en punta los incisivos, como sus compañeros en antropofagía y congéneres occidentales los Pahouinos. Su traje, de pieles, rodea la cintura y cae hasta las rodillas, ó se reduce á un cinturón de piel de hipopótamo, de la que pende un botecillo lleno de la grasa destinada á untarse. Sobre sus espaldas llevan también sujeta una especie de mochila para los alimentos, porque, como buenos gastrónomos, los Niams-Niams no salen de su casa nunca sin provisiones. La parte desnuda de su cuerpo, va adornada de dibujos caprichosos, cubierta á veces de collares de hierro, de madera ó de dientes de animales. La cabeza la llevan desnuda; únicamente los jefes, á pesar del calor, se colocan una especie de capuchón de pieles.